te el pecho, bronce el coraçon, se revistiò de cruel, y armose de venganças. Aguardò oportunidad, y con el secreto que requeria la accion, puso fuego al Palacio por diversas partes, con que embravecidas las llamas, hizieron vn estrago horrendo, sin que humanas diligencias pudiessen apagarlas. Y quando todo el alcaçar era ya hoguera, pavesas, y cenizas todos sus adornos, en que tuvieron sepulcro personas infinitas, ella entonces mas honrada que Lucrecia, y mas que Porcia animosa, se arrojò à las brasas, por ir à acompañar infeliz el alma de su esposo. Con esto se rematò la tragedia lastimosa, que oy en dia llora Dania.

Vea aora con atencion el discreto los daños que le acarreò à estos dos esposos solo vn deseo de querer verse, y hablarse, y irse à casa de enemigos. Luego fue cordura grande de nuestro David, por mas que le esposeava el amor de Michol, no arriesgarse en ningun tiempo, ni fiarse de cuñados. Pautese por esta historia el caso de David, que à buen seguro, que los mismos que huvieren imaginado, que anduvo poco fino, vendràn à confessar, que anduvo muy prudente. Dexar de ir à la Corte, mientras vivia Saul, tan rigido, tan bravo, tan poderoso, nadie ha de estrañarlo. No ir quando reynò Isboseth hermano de Michol, y cuñado de David, es donde està el reparo. Pues cotegese con el Principe de Suecia, y con la Infanta de Dania, y se verà mejor el riesgo, mas arduo el inconveniente, mas causa para desdichas; porque David, aunque era ya Rey de la Tribu de Judà, no tenia la potencia, ni los lados, que el Sueco Haberto, vn Rey de Suecia por padre, y Infantes valerosos por hermanos, y muchas armas, y gente. Y Isboseth ya Rey jurado, tenia mayor poder que los Principes de Dania, era señor de onze Tribus, y tenia vn General Abner, que valia mas que vn Reyno. Luego mas arriesgada llevava David la vida, si con disfraz, ò sin èl se entrara en casa de vn cuñado, y tambien ofendido? Muy fuerte es la consequencia. No ay cosa en casos semejantes como negociar desde afuera. Assi negociò David, era entendido. Que le embiasse à Michol (le escriviò à Isboseth) mas no quiso ir por ella. Ir vn Rey à casa de otro, aun estando muy amigos, tiene riesgo: sea testigo nuestro invicto Carlos Quinto, quando estuvo en Francia, que viendo algunas sombras, le

le pesò de aver ido. Pues ir en casa de otro Rey, cuñado, y enemigo, quien no ha de temer desgracias? David supo lo que hizo, y al infeliz Haberto le arrastrò su mucho amor.

CAPITULO XX.

EN QUE SE PRUEVA CON DOS exemplos grandes, que la muger que es honrada en guardar fee à su marido, nunca teme, y Dios la salva.

EXEMPLO PRIMERO.

DE clara sangre, y de ilustre parentela vivian en Roma Faustino, y Mathidiana, cerca de los años de noventa y tres. Vnidos en lazo dulce del Matrimonio, y quando tres caras prendas, tres hermosos hijos, Fausto, Faustino, y Clemente, los llamavan padres, cuya compañia hazia el yugo nupcial mas suave, y mas feliz, se començò à levantar vna borrasca, que turbò todos los gozos (pension de la naturaleza, dar siempre aguados los gustos.) Era Mathidiana tan hermosa, como honesta, cuya beldad cautivò desuerte à vn hermano de Faustino, llamado Germano, que sin serle freno tan estrecho parentesco, le diò rienda à su apetito, y se dexò arrastrar de sus lascivos deseos. Començò à galantearla con regalos, y caricias, sin assomar à la boca su designio; mas bien se conocian los afectos ser mas que de cuñado. Bien lo entendiò Mathidiana, y al passo que sentida, se mostrava desatenta. Crecia el amor en Germano, y impaciente con el fuego, trabaxava mucho, porque Mathidiana le entendiesse. Ella, por el mismo caso se dava por desentendida. Hablavale como à hermano de su esposo, endetezando siempre todas sus palabras à lo honesto. Cansòse, pues, Germano de sufrido, y esperando ocasion, manifestole à Mathidiana su amor, su pena,

Autores de esta historia. S. Ant. 1. p tit. 7. c. 2. §. 1. Vincentius in speculo hist or. Pineda in Mon. 2. p. lib. 11. c. 27. §. 5. & 6.

na, y tormento, con las exageraciones, suspiros, lagrimas, y ruegos, que en caso como este acostumbran los amantes; y mas quando ay mas razones que contradigan el hecho. Hallose la Matrona tan apesarada de la desverguença, como confusa, y pasmada à la salida. Pero revestida de valor, ayudada de sus brios, y tomada de la honra, le riñò à Germano aquella demasia, fulminandole muchas amenazas, sino se desistia de su mal intento. Mas como hasta descubrirse, suele ser el mayor embarazo, de quien se arde ciego, prosiguiò Germano con mayor descoco su pretensa infame, amenazando tambien à la honesta señora, y aumentando cada dia sus ansias, sus porfias, y sus ruegos. Hallose la Matrona en vn mar de confusiones, combatida de peligros. Estarse expuesta à las olas de semejante tempestad, cada dia ruegos amorosos, cada hora alhagos, y caricias, cada instante ternuras, y suspiros era mucha valentia (que baterias de amor, à pechos de bronce hablandan) descubrirse à su marido, hallavalo embarazo, pues era forçosa la disension, y la guerra entre los dos hermanos. Rendirse al adulterio, miravalo grande infamia; no rendirse era gran lid. No pensò que Michol se hallò mas atormentada con nuevo esposo al lado, y ausente el verdadero, que la hermosa Mathidiana, guerreada de vn cuñado. Aviendo, pues, vencido muchas destas lides, siempre constante, y honesta, se resolviò à vna heroyca hazaña, por no descubrir la flaqueza de Germano (y que mal se lo pagò) y por huir su peligro. Hablò, pues, vn dia à su marido Faustino, fingiendose con mayores ahogos, y congojas, que las que vadeava su cuydado, y dixole estas palabras.

Sabe el Cielo, dueño mio, lo que mi coraçon siente darte parte de mi pena; pero temerosa del riesgo, que amenaza à Fausto, y Faustino nuestros caros hijos, es forçoso dezirte lo que passa. Sabràs, pues, que esta noche, estando entregada al sueño, se me apareciò vna Deydad, y con palabras graves, y apacibles, me puso por precepto, que dexasse à Roma, y me saliesse de Italia con Fausto, y Faustino, porque de no hazerlo assi, los hados celestes nos amenazavan muerte à nuestras vidas. Yo, asustada, y temerosa, le implorè otro remedio à mi desdicha, y resolviose à dezir, que no avia mas re-

remedio, que la ausencia. Esto me ha passado, esto me ha revelado el Cielo, mira lo que determinas, y haz de mi lo que quisieres.

Esta revelacion fingiò la honesta Mathidiana, buscando penas de su ausencia à costa del amor con que amava à su marido, à trueque de evadir los ruegos de vn amante porfiado. Què mas pudo hazer Michol? Ni que mas tengo, supuesto que hizo para quietar à Phalti? Sepa, pues, en esto, que ha avido mugeres valerosas que han imitado sus trazas. Creyò Faustino à su muger, como si le hablara vn Angel, y dando por cierta la revelacion, tratò de obedecer al Cielo, aunque à costa de lagrimas, y suspiros, porque amava con estremo à Mathidiana. Atenciones forçosas de sus cargos, y asistencia de su hazienda eran su mayor cuydado, por no poder ir tambien acompañando à sus hijos, y à su esposa. En fin, aunque con dolor del alma, se determinò à encaminarlos à la Ciudad de Atenas; porque en su celebre Academia, mientras durava el destierro, pudiessen sus dos hijos darse à las letras. Comunicò con Mathidiana este parecer, aprobole por bueno la Matrona, con que fletandoles vn navio, y cargandolos de joyas, y dineros, los despachò para Grecia. Todo con secreto mucho, que assi lo iva trazando Mathidiana; porque no llegasse à oidos del cuñado, y fuesse mayor el riesgo. Quedòse con Faustino en Roma el menor de los tres hijos, llamado Clemente, para alivio, y consuelo de su padre, repartiendo desta suerte los pedazos de su alma.

Embarcada Mathidiana con sus dos hijos, y hechos à la vela, se levantò vna tormenta cruel, con que el pobre navichuelo, zozobrando entre las olas, y herido de los escollos, se vino à hazer mil pedaços, teniendo à suma dicha, quien de los que ivan en èl podia asir vna tabla. Casi todos perecieron, dandoles el mar sepulcro, y la infeliz Mathidiana, haziendose à lo sufrida en medio de tal dolor, asiò valerosa de vn pedazo del navio, y echando en èl sus dos hijos, dexolos à la ventura, procurando ella tambien en otra tabla irlos combo-yando hasta la orilla. Esparciolos el viento desaforado, con la lastima, y dolor que puede pensar de la madre triste, à la qual vino à arrojar la tormenta à vna Isla. Viendose alli sola, la

que se viò tan servida; tan pobre, la que se criò en tanta riqueza; tan desnuda, la que arrastrò tantas galas, y sin sus dos caras prendas, que es lo que mas sentia, embaraçò el ayre à tristes alaridos, y aumentò el agua del mar con los rios de su llanto. Tanto se hizo à la congoja, tanto à las angustias, tanto à los estremos, que agenandola de si el mucho sentimiento, començò rabiosa à despedazarse con sus dientes las manos, y los braços. Por vna, y otra orilla del mar proceloso discurria lastimada, llamando à vozes à sus queridos hijos, y buscando por lo menos sus cadaveres, para aliviar su pena. Acudieron los Isleños à las vozes, y escuchando de su boca, la tragedia, acompañaron compassivos su dolor. Señalose entre todos vna viuda pobre, en darla consuelos, como à quien el mismo achaque avia ocasionado su viudez; pues en tormenta semejante, se le anegò el marido. Esta, pues, apiadada de la hermosa Mathidiana, llevòsela consigo à su humilde albergue, y con su industria, y trabajo la sustentava, y vestia, quedando ella inhabil, para la menor hazienda, de las heridas crueles que se diò en los braços. Presto tambien la privò su suerte deste refugio, enfermando la viuda de vna perlesia, que la sepultò en el camino. No quiso la gran Matrona ser ingrata à su bien hechora, sino que desnudandose de todo su pundonor, se hizo pobre mendicante, pidiendo para las dos de puerta en puerta. Quien no admira tantos males, y trabajos, en quien por guardar la fee à su marido, y ser honrada, se expuso à ellos? Quien no estraña que de el Cielo estas desdichas, à quien amò la virtud, y se mantuvo honesta? No lo estrañarà San Pablo, ni Seneca, ni otros entendidos, que son de parecer, que à los buenos, à los que quiere mas, les dà Dios tribulaciones por regalos. Y desdichados de aquellos (dixo el mismo Cordovès) à quien en esta vida les concede Dios descansos.

S. Pablo ad Philipenses. Seneca libro de Providencia, c. 2.

Dexemos, pues, en este regalo de pobreça à Mathidiana, y bolvamos à ver lo que ha hecho el mar de sus hijos. Abrazados de vnas mal compuestas tablas andavan casi difuntos, açotados de las olas, quando topando con vnos Piratas, que tambien avian corrido tormenta, los recogieron en su nave; y aviendo llegado à hazer agua al primer puerto, los vendieron à vna Matrona honrada, llamada Justina, porque se aficionò à ellos, viendolos tan agradecidos. Mudoles los nombres la Matrona, llamando Aquila à Fausto, y Niceta à Faustino. Cobròles tanto amor, que qual si fueran sus hijos, los queria, y regalava. Hizo darles estudio, y siendo ya buenos moços, y grandes estudiantes, aviendo encontrado con Simon Mago, y aficionado à su ciencia, hizieronse sus Discipulos, con gusto de Justina su señora, y madre en el afecto. Los encantos de Simon, sus grandes hechizerias, los llevava encantados, y ganosos de su ciencia. Mas como se encontrassen con San Pedro, y à oraciones del Apostol, viessen deshecho el encanto, y precipitado à su maestro, dexaron su doctrina, y hechos Christianos, siguieron à San Pedro en sus peregrinaciones. Dexemoslos aqui, pues quedan à buena sombra, y vamos à ver lo que passa en Roma con su padre Faustino.

Desde que el buen Cavallero embarcò à su esposa, y hijos, no cessavan vn punto de hazer diligencias, para saber el fin de su viage. Hizo à Grecia muchos proprios, que inquiriessen, y supiessen, si avian aportado allà sus caras prendas. Por demas era el cuydado, quando estava el caso tan oculto. Nadie le traia razon, ni los proprios, ni estrangeros, le davan la menor luz. A esta pena, à esta congoja, se añadiò otro mayor susto, mas cuydado, y mas dolor (que quando empieçan pesares à afligir à vn alma, se llaman vnos à otros) pero son penas felizes, quando las dirige el Cielo para logros, y ganancias. Nadie desmaye en la liza de trabajos, sino armandose con Dios, hagase à lo sufrido, que èl le abrirà puerto. Desde que se ausentò la honesta Mathidiana, avia andado Germano, su molesto pretendiente, confuso, y fuera de si, por saber adonde estava, ò lo que se avia hecho. A los principios, como rezeloso de si Mathidiana le avia descubierto à su marido, y èl por ello la tenia oculta, ò guardada en otra parte, no se atrevia à dezir nada al hermano, ni à preguntar por ella; antes bien, siempre que le via, ò visitava, ocultando su dolor, se mostrava placentero, y como quien no sentia la falta de vna cuñada. Faustino tampoco le queria hablar en el caso, por el secreto que le encomendò su esposa. Con esta cautela se avian portado los dos hermanos largo tiempo; mas quando advirtiò Germano el desassossiego, la inquietud, y el suspirar de

Faustino, preguntòle la causa, haziendole ofertas de su hazienda, y vida, para quanto le importasse. No pudo entonces Faustino dexar de descubrirse, contandole la revelacion divinal, que avia tenido su esposa, del riesgo de su vida, y de sus hijos, sino se ausentava de Italia, por cuya causa los avia embarcado para Atenas, y que procedia su cuydado, y afliccion en no aver sabido dellos, ni hallar rastro, ni camino, de adonde avian aportado.

Al punto que el malvado Germano oyò estas razones, y discurriò por ellas, que avia sido ardid de Mathidiana, por huir de sus halagos, fraguò la mayor maldad que cupo en humano pecho, solo por despicar su pesadumbre, y enojo. Dixole à su hermano, que era su muger vna liviana, y que à el le avia solicitado muchas vezes, para malos tratos, y que en vengança de averselo reñido, le avia amenazado, que con vn criado suyo, quando no hallasse otra persona, se avia de ir por el mundo à gozar de sus amores, y que assi no se cansasse en buscarla; porque ni avria ido à Athenas, ni avria dexado rastro para hallarla. Quan lastimado, y sentido quedaria este Cavallero, oyendo estas palabras, quedese al discurso. Vacilando en confusiones, començò à atormentarse; vèr la honestidad de Mathidiana, su virtud, su pundonor, su mucha verguença le vozeava al alma, que era falsedad lo que Germano dezia: vèr por otra parte lo remoto de su ausencia, lo secreto de su estancia, y no hallar noticia della, le dava que sospechar, y le inclinava à creer. Era dado à la Astrologia, consultò à las Estrellas, alçò figura, y hallò por su falsa ciencia, que los hados, y la conjuncion de Marte, y Venus inclinavan à Mathidiana à ser adultera. Muy creido, pues, de que èl hado infeliz violentava à su esposa à aquella infamia, guardandolo para si, quiso personalmente ir en su busca. Al hijo menor Clemente dexò en poder de tutores, sus mayores deudos, y amonestadole, que estudiasse, dexandole para ello mucha parte de sus rentas, y cargando con todas sus riquezas, se entrò en vna nave, y caminò para Grecia. Aconteciole el mismo fracaso que à su amada esposa; porque hinchandose los vientos, y azorandose las aguas se moviò tal tormenta, que en rato breve, hecha la nave pedazos, y sepultada en el mar quanta hazienda llevava tuvo à dicha escapar libre. Viendose pobre, y perdi-

dido, sin posible alguno para passar adelante, ni para bolver atràs, huyose à lo mas remoto de aquel paraje, donde entre la gente humilde passava su amarga vida con mendiguez, y miseria. Dexemosle tambien aqui, y bolvamos à Clemente.

Quedò como hemos dicho, encomendado à sus deudos, y diose tanto à la philosophia, que saliò gallardo estudiante. Solo le aquexavan vnas dudas de la inmortalidad del alma. Mas sanole este accidente el Apostol San Bernabè, que llegò à Roma en aquella sazon, predicando la Fè de Jesu Christo. Abrazò Clemente su dotrina, y regalole en su casa, como à su Maestro. Estuvo en su compañia algunos dias, hasta que deseoso de conocer al Apostol San Pedro, como principal Cabeça de la Iglesia (segun San Bernabè le avia dicho) llevando cartas suyas, se partiò para Antioquia, donde San Pedro entonces tenia su Catedra, y su primera Silla. Recibiole San Pedro amigablemente, como descubriendo en èl vna preciosa piedra para los primeros cimientos de la Iglesia, que se iva fundando. Diole de su mano el Santo Bautismo, y tanto le robò el afecto, que le hizo vn como su Nepote, y mas valido. Preguntole por su estirpe, què casa era la suya en Roma? quienes eran sus padres? y si los dexava vivos? Clemente entonces con dolor de su coraçon, le refiriò por extenso las tragedias de su casa, como su madre, y hermanos, embarcados para Atenas, se tenia por cierto averlos tragado el mar, y como su padre Faustino, yendo en busca suya, devia de aver corrido el mismo naufragio. Lagrimas vertiò el Divino San Pedro al escuchar semejantes lastimas. Ya hemos referido todos los cabos desta historia, vamoslos atando aora.

Como passado algun tiempo, se partiesse San Pedro de la Ciudad de Antioquia para Roma, à poner en ella, como en Cabeça del mundo, su Catedra vniversal (que hasta oy dura, y Dios serà servido, que dure para siempre) acompañado de Clemente, y de los demàs Discipulos, acertò à llegar à aquella Isla, llamada de algunos Ancharado, donde la honesta Mathidiana andava mendigando, buscando vn pobre sustento para si, y su compañera. Reparò en ella el Apostol, y viendo, que era muger de buenos brios, y no de muchos años,

lla-

llamòla à parte, y como padre severo, començò à reñirla, y afearla, andar de aquella manera, quando tenia edad competente, para trabajar, y ganar con sus manos la comida. Represe en esta reprehension de nuestro Apostol, y primer Vice Christo, y veràn, que no hazen mal los Prelados, y Justicias en impedir, que no mendiguen, ni anden pordioseando, los que pueden trabajar; pues tal vez la limosna, que estos cogen, se le quita à vn impedido, y no sè que sea justicia, ni aun caridad tampoco. No dudo que los Prelados de espiritu, como vn Santo Thomàs de Villanueva, no reparan en esto, sino que igualmente los hazen à todos demandadores de Dios. Pero esto es proceder à lo santo, y atengome à S. Pedro, que fuè mayor Santo, y amigo de justicia. Quan corrida, quan avergonçada se hallaria la honesta señora, de verse aun reprehender en su miseria, bien dexa entenderse; pero satisfizo al cargo del Apostol, enseñandole sus manos, y sus braços, baldados, y impedidos; y derramando lagrimas, le contò quien era, y su desdicha. Dixo que se llamava Mathidiana, y que era de lo mas noble de Roma, y muger del Senador Faustino, y que por guardar su honor, y huir de su cuñado, que la perseguia, se embarcò para Grecia con dos hijos, que corriò tormenta, que la arrojò el mar à aquella Isla, que à los hijos los llorò difuntos, que despedaçò sus carnes con el sentimiento, que la albergò vna viuda, y que grata al beneficio, viendola enferma, andava à pedir limosna para entrambas.

Atonito por vna parte, y alborozado por otra, se quedò el gran Principe S. Pedro oyendo la relacion de Mathidiana. Engrandeciò su virtud, loola su honestidad, bendixola sus trabajos, y haziendo recuerdo del informe que le avia hecho Clemente, y cotejando vna relacion con otra, vino à persuadirse, que era Mathidiana su madre, que llorava perdida. Contola su presuncion, y ella en oyendo dezir, que venia con el vn mancebo Romano, que se llamava Clemente, le suplicò con ruegos dexasse que le viesse. Llamòle el Apostol, y al modo que los cuerpos se carearon las almas, diziendose por los ojos, como eran hijo, y madre. Conociò Mathidiana al punto por las señas, que era Clemente su hijo, y abrazada del con lagrimas reciprocas de alegria, se dixeron mil ternuras.

Su-

Sucediò para aumentar este gozo, que Aquila, y Nizeta, compañeros de Clemente, aunque sin conocerse por hermanos, venian tambien con el Apostol. Llegaron en aquella sazon de su viaje, y admirados de vèr à su Maestro con aquella muger, le preguntaron la causa à Clemente, èl les dixo como era aquella su madre, que saliendo de Roma para Athenas, padeciò naufragio, y se avia quedado en aquella Isla. Aquila, y Nizeta entonces, confusos, y pasmados, mirandose el vno al otro, apenas podian hablar, siendoles dogal dulce el mucho placer que retozava en el pecho. Por el nombre, y por las señas conocieron tambien à la hermosa Mathidiana por madre de los tres, con que apiñados todos à estrechissimos abrazos, se poblò vn mar de llanto, que derramò el placer por rios de sus ojos, admirando S. Pedro, con los demas fieles, sucesso tan peregrino. Mirese con atencion, del modo que và el Cielo suavizando los trabajos de quien se expuso à ellos por conservarse honrada, y guardar à su marido la fee devida. Los tres hijos que llorava perdidos los ha hallado mejorados, bueltos Christianos de infieles, estimados, y queridos del Principe de la Iglesia. Ella tambien se halla con muchas ganancias, vnida al Christianismo con tesoros celestiales, por las humanas riquezas, que la quitò la fortuna. Diola San Pedro salud, curandola lo baldado de las manos, al toque de las suyas. Sanò assimismo à la paralitica viuda, porque à vista de los milagros, fuesse la Fè creciendo en los creyentes.

Con mucho alborozo saliò San Pedro de aquella Isla, y prosiguiò su viaje, yendo tambien en compañia de sus hijos, regalada, y servida la ya feliz Mathidiana. Surcando muchos dias por el mar solobre, llegaron à otros puertos à tomar algun descanso; y retirandose vn dia el Apostol à vn paraje oculto à hazer oracion, en compañia de sus tres Discipulos amados, Clemente, Aquila, y Nizeta, salioles al encuentro vn viejo venerable, la barba crecida, tostado el rostro, pobre de vestido, y viendo eran penitentes, y personas de perfecta vida, les dixo lastimado estas palabras: Compassion tengo de vosotros, pues con vuestra austera vida, piedad, y religion, pensais evadir los riesgos, y desdichas, que os señalan vuestros hados, y lo tengo por error, porque no ay en el mundo

pro-

providencia, que pueda librar à nadie del signo, y fatal estrella con que nace. Esto alcanço por mis matematicas; y assi, que hagais oracion, ò no, vendrà siempre à suceder lo que vuestro hado os pronostica. Es falsa tu dotrina, le respondiò San Pedro, porque para el poder de Dios, no ay hados que supongan, inclinar solo pueden las estrellas, pero no violentar el alvedrio, ni forçarle al bien, ò al mal. Con estas, y otras muchas razones arguyeron con el viejo, por vn largo espacio S. Pedro, y sus tres Discipulos, hasta que èl cansado ya de escucharlos, y no queriendo darse por concluido, les dixo por fin. Digo, que creyera de buena gana, por vuestras razones, que ay providencia divina, que estorve los hados, si mi propria conciencia no me lo impidiera, porque aveis de saber, que yo supe por mi ciencia el signo en que nacimos yo, y mi esposa, y la desdicha que nos señalava, nos ha sucedido: ved si ay argumentos contra esto? El signo en que naciò mi esposa, mirandose Marte, y Venus, y estando la Luna en la casa de Saturno, y Marte señala, que serà adultera la muger que en tal signo naciere, y que se darà à los amores de siervos de su casa, que se irà por el mundo con alguno dellos, y pererà en la mar. Toda esta desdicha me ha sucedido à mi, que soy Cavallero de lo mas noble de Roma; porque mi muger, tambien Matrona ilustre, se enamorò de vn criado de mi casa, y engañandome con cierta revelacion, se fue con èl à Grecia, y el mar le diò sepultura. Que ella pereciò, es cosa cierta, con dos pedazos del alma, que me llevò asidos. Que fue liviana, contomelo mi hermano, porque solicitado de ella, no assintiò à su gusto. Ved, pues, si contra tanta verdad ay argumentos.

San Pedro entonces (conocido ya el fin de tan dichosa tragedia) le respondiò animoso. Ea, Faustino noble, mira à patentes luzes de la verdad lo falso, y engañoso de tu ciencia, y como no estàn los hombres sugetos à los hados. Vèn, y verás sana, y buena à tu querida esposa Mathidiana, tan honrada, y tan honesta, que por no agraviar tu fee, y huir las solicitaciones torpes de su aleve hermano, se arrojò à mil peligros. Reconoce tambien tus tres queridos hijos, que son estos mancebos, que tienes delante, tan doctos, y entendidos, como has visto. Remoza tu vejez con tus caras prendas,

das, y mira como ay Dios, que deshaze las fortunas. Que lengua sabrà pintar los placeres, y alegrias, con que se bañaron todos? Quando el padre reconociò à sus hijos, y los hijos à su padre, quando Mathidiana, por complemento del gozo viò à su amado dueño, quando Faustino se viò en braços de su casta esposa (passada la primera avenida, en que con el mucho jubilo fluctuaron las almas) à porfia los osculos, y abraços, parece que se hazian cariñosa pesadumbre: amontonados todos, era vna riña de amor, vna gustosa pelea, para quien la mirava desde à parte. Bautizose Faustino, con que todos hechos fieles, baxo de la conduta de San Pedro, soldados de la Iglesia Militante, marcharon à su Ciudad. Vease, pues, con este exemplo, si es mucho, que no tema Michol, y vaya muy segura à vista de su David, quando ha procedido como honrada, y ha sabido resistirse de amorosas porfias, y ay Dios que favorece las conciencias seguras. Nunca teme la que està libre, por mas que el rencor, como à Mathidiana, la levante testimonios. Obrar bien, que Dios es Dios.

EXEMPLO SEGUNDO.

NO solo no teme enojos, ni riesgos de vn marido la muger que es honrada; pero aun la muerte no teme, à trueque de ser leal. Sea prueva, y sirva de dechado la gran Matrona Sophronia. Reynava en Roma el cruel Maxencio, monstruo de crueldades, y lascivias, pues sin respeto humano, ni divino, entre otras muchas maldades, deshonrava à casadas, y doncellas. En viendo à qualquier muger de buena cara, ò teniendo noticia della, mandava llevar à su Palacio, sin exceptuar calidad, y nobleza, ni ningun estado, y en saciando su apetito bolvia à embiarla à los padres, ò al marido. Si alguno lo resistia, ò lo tomava à enfado, pagava con la cabeza. Era Sophronia, al passo que ilustre en sangre, famosa por su hermosura. Estava casada no menos que con el Adelantado de Roma. Viola vn dia el lascivo Emperador, y cautivo de su belleza, se determinò à gozarla, sin que los respetos de lo noble, ni atenciones del marido, le pusiessen freno; que en siendo vn señor tirano, nunca repara en respetos. Tenia para estos casos Alguaziles secretos, ò sus terce-

Autores desta historia. D. Ambro. lib. 3. de vi. & Epist. 7. S. August. lib. 1. de Civit. Dei, cap. 26. historia Eclesiastica, Pineda, in Monarchi. lib. 12. cap. 25. 6.

tos

ros infames, y por medio dellos hazia las prisiones de las damas, que queria. Mandoles, pues, à los de mas confiança, le llevassen à Sophronia. Temieron los Ministros el peligro, pero aunque temerosos, fueron con la legacia. Dieronle el recado à la Matrona, y abochornada en ira, contoselo à su esposo. El con el dolor del alma, que se dà à entender, y assomando à los ojos, lo que el coraçon llorava, hizose mas al miedo, que al valor, y por amor de la vida, arrastrò à su afrenta, mandole à Sophronia, que obedeciesse al mandato, y passasse por quanto le viniesse. Poco valor para noble, gran mengua para marido.

Apenas oyò Sophronia la cobardia, y infamia del aturdido esposo, quando en vez de hazerse al llanto, se hizo à la valentia, y le reprehendiò bizarra sus temores, y sus miedos, quando en defensa del honor, no ay vida que suponga. Aun no le obligò con esto; tanto estava de medroso. Viendo, pues, que tenia licencia del marido, para hazer à su gusto, y obedecer al tyrano, hizose obediente, borrando del rostro la pena que sentia en el alma. Dixoles à los mensageros, que la diessen vn poco de lugar para cõponerse, pues no era justo, que à ver à vn Emperador, muger como ella, fuera desaliñada. Respondieronla corteses, y comedidos, que esperarian alli todo el tiempo que mandasse. En tanto, pues, que el marido se retirò à llorar, ella se encerrò à vencer. Entrose en su Retrete, mandandoles à sus criadas, que la guardassen la puerta, hasta que las avisasse. En estando sola, tomò animosa vn puñal, desabrochose el pecho, quitole al recato la cortina de la olanda, postrose de rodillas, y invocando à Jesu Christo, le dixo tales palabras.

Soberano Jesus, Hijo de Dios vivo, à quien adoro, Hijo de aquella Madre Virgen, à quien reverencio, pues sabeis lo que me obliga à aquesta hazaña (y quizà sois vos, Señor, quien me alentais à ella) no atribuyais à despecho sacrificaros esta vida, que es vuestra, que me la disteis. Tenedlo, Señor, por honroso sacrificio, quando es mi castidad la que os consagro. Mas vale que os la rinda pura, que no que la mancille este tyrano. Recibid, pues, mi alma, que en vuestras manos pongo, y sepa este lascivo, que las que somos Christianas, sabemos guardar la honra, y ser honestas.

Di-

Diziendo esto, con animo bizarro, con valiente osadia, ya Dios le diesse el impulso, ya su valor se le diesse (que juzgo, que fue todo) se entrò el puñal por el pecho repetidas vezes, para que por cada boca saliesse coronada de rubies aquella alma grande. Quando ya se viò en los vltimos alientos, llamò à las criadas, que se quedaron atonitas al verla; y ya con debil voz, si bien imperiosa, les dixo: Dezidles à essos hombres, que le digan à su amo, que las mugeres honradas, como yo, y que professamos ser Christianas, desta manera miramos por el honor, y vencemos tyranias. Diziendo esto, despidiò el alma à los cielos, y el cuerpo alagado en sangre, cayò en tierra difunto. Tan intrepida como esto se muestra à la muerte, la que quiere ser leal à su marido, atenta à su obligacion, y fiel à su honestidad. Y quando la muger honrada, y valerosa, no teme semejantes riesgos, que maravilla, que vna Infanta, qual Michol, tan constante, y fina, se assegure, y no tema desayres de David. Estàr libre, y ser honrada, atropella todos miedos. Con todo, no es para todas seguir este consejo, y este rumbo, como quedà dicho, si han dado causa à sospechas, y el porquè, se podrà ver en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XXI.

EN QUE PARA CONSEQUENCIA, de que haràn mal las que como Michol, se fiaren de sus maridos, quando les han dado causa de sospecha, se ponen exemplos de maridos zelosos, que hizieron disparates.

EXEMPLO PRIMERO.

EN aquella Era en que Octaviano, y Marco Antonio mandavan el mundo. Herodes el grande, el cruel por excelencia, el que hizo degollar millares de inocentes, por so-

Autores desta historia. Josepho l. 14.